



TRAVESURAS DE COLEJIO.

ADOLFO.
VICTORINO.
NICANOR.

EL MAESTRO.
EL PORTERO.
CULEBRA.

ESCENA I.

ADOLFO.—VICTORINO.—NICANOR.

(Victorino, absorto en el estudio, no oye lo que le dicen sus discípulos).

ADOLFO.

Te lo digo de veras: me canso de estar aquí, y voy á hacer por escaparme.

NICANOR.

¿No sabes que el portero nos acecha?

ADOLFO.

Le daré dinero.

NICANOR.

¿Crees que se dejará ganar por dos pesetas?

ADOLFO.

No lo sé; pero ya tengo formado mi plan, y me escaparé.

NICANOR.

Anda con Dios; yo traigo entre manos una que vá á dar mucho que decir..... A propósito, al maldito gato que vimos ayer, le he roto una pata.

ADOLFO, á media voz.

¿Digo á Victorino mi proyecto?

NICANOR.

De ninguna manera; ¿no sabes que es mas rígido que Catón?

ADOLFO.

Es verdad; tú secundarás mi plan, y á volar!... ¡Ah! se me olvidaba; voy á escribir una carta para mi papá.

NICANOR.

Bueno; pero que sea pronto; siéntate á la mesa, y escribe al momento.

ADOLFO.

No, aguardame allá fuera; necesito estar solo para escribir.

NICANOR.

Como quieras : yo me voy al corredor: *(ap.)* no te escaparás.

ADOLFO.

Mientras yo escribo puedes entretener te en volver á leer á Virgilio.

(Le arroja un libro).

NICANOR.

Gracias, amigo ; eso se queda para ti.

(Tira el libro al aire, y entra en su cuarto).

ESCENA II.

ADOLFO.—VICTORINO.

ADOLFO.

Te vas á quedar viejo de tanto estudiar, Victorino.

VICTORINO.

¿Y á tí qué te importa?

ADOLFO.

No te enfades, hombre ; ¡ qué mal genio tienes !

VICTORINO, *sin dejar la lectura.*

¡ Ah ! poeta divino, me haces llorar.

ADOLFO.

¡ Cuántas lágrimas me han costado tus héroes y tus armas !

VICTORINO.

¡ Que no fueran mas largos tus cantos !....

ADOLFO.

Diez mil versos para decir : ¡ diez años duró la guerra !

VICTORINO, *alzando su libro.*

Sí, tú le inspiraste, dios á quien adora Delos.

ADOLFO.

De buena gana lo escondería en el centro de la tierra. (*Tira al suelo su libro.*)

VICTORINO, *leyendo.*

Lumina rara micant. Vino sounoque sepulti....

ADOLFO.

Pues señor, durmamos.

VICTORINO.

¡Qué encanto! ¡cuánta armonía!

ADOLFO, *recostado en la mesa.*

¡Vaya un ruido!..... déjame dormir.

VICTORINO.

¿Quieres dormir? pues bien, duerme: yo quiero leer, y leo...

ADOLFO.

Pero mira lo que dices..... Aunque Virgilio es muy soporífico, tus exclamaciones no me dejarán pegar los ojos.

VICTORINO.

Puesto que unos versos tan magníficos no conmueven tu alma, te creo ya en el número de los muertos; mas confío en que algun día, cuando la edad haya calmado tu irreflexion, te enamorarás de mi autor.

ADOLFO, *declamando.*

Antes que mis manos toquen á Virgilio, á ningun estudiante agradará la pereza; Nicanor se hará prudente y hablará con juicio; y las damas, ¡óyelo bien!.... Las damas no solo cantarán

en griego y latin, sino que dejarán el muelle lecho á las cinco de la mañana para leer á Ciceron!

(*Victorino lo mira con desden, y se vá.*)

ESCENA III.

ADOLFO.—CULEBRA.

CULEBRA, desde la puerta.

¡Señorito!

ADOLFO.

Magnífico que es Culebra!

CULEBRA, entrando.

Su papá de V. sabe lo que hizo V. dias pasados, y está de un humor!....

ADOLFO.

¿Y mamá?

CULEBRA.

¡Oh! mamá no es tan severa.

ADOLFO.

Porque tiene mas talento que papá..... ¿Y cómo estamos de provisiones?

CULEBRA.

Sin que nadie lo viera, cojí una perdiz, una rosca y media libra de pasas.

ADOLFO.

Un criado como tú no se encuentra á tres tirones.

CULEBRA.

De paso compré unos pasteles....

ADOLFO.

¡Bravo! ¿y dónde están los víveres?

CULEBRA.

¡Ay! señorito, al entrar aquí me los quitó el portero, diciendo que son contrabando.

ADOLFO.

¡Bárbaro! ¡verdugo!.... ó secundas mis proyectos, ó castigo severamente tu bestialidad.

CULEBRA.

¿Qué quiere V., señorito?

ADOLFO.

Nada; que me des tu ropa, porque tengo que hacer una expedición.

CULEBRA.

Pero.....

ADOLFO.

No hay pero que valga..... disfrazate, y quédate aquí para cuando venga el maestro.

CULEBRA.

¿Y qué le digo?

ADOLFO.

Nada; si te pregunta respondes, y sino no. Ea, enciértrate en mi cuarto.

(Culebra entra en la habitación de la izquierda).

ESCENA IV.

ADOLFO, *disfrazándose.*

Pues señor, á pedir de boca; póngome este vestido; finjo la voz; engaño al portero, y á la calle!.... Ya era tiempo, porque á estar aquí tres días mas, muero ético.... mas quién viene?

¿si será el portero? no que es el maestro; nos ocultaremos hasta que se vaya.....

(*Entra en el cuarto de la derecha.*)

.
.
.

ESCENA VIII.

VICTORINO.—ADOLFO.

ADOLFO.

Ya hace cuatro horas que estoy escondido, y se me ha acabado la paciencia. Está visto que no puedo escaparme.

VICTORINO.

¿Quién hará tanto ruido en esta sala?.... ¡Toma! ¡pues si es Adolfo! ¡cómo! ¿ya estás de vuelta?.... sin duda vendrás de la pastelería.

ADOLFO.

Querido, tú no sabes....

VICTORINO.

Tambien hay allí buena ternera, ¿no es verdad?

ADOLFO.

No lo sé, déjame....

VICTORINO.

Habrás comido una buena racion de ostras: ya sé que te gustan mucho.

ADOLFO.

¿Quieres callar?..... ¿no conoces en mi cara que no he almorzado?

VICTORINO.

Vamos, tú te chanceas; Nicanor me ha dicho que ibas á dar un paseo, y como no te he visto en tres ó cuatro horas, debo creer.... Mas oigo pasos; ¿si será el maestro? no quiero que

me vea en esta sala..... Adios; acuérdate de Virgilio; no sé en qué parte habla de las indigestiones.

(Sale dando carcajadas).

ESCENA IX.

ADOLFO.

Si esto dura un poco mas, me voy á poner malo: ya no puedo mas; es preciso que me escape á toda costa.

(Se esconde en un rincon).

ESCENA X.

NICANOR, con una gramática en la mano izquierda y en la otra una escoba.—ADOLFO despues.

NICANOR.

Yo coso, tú coses, aquel cose.

ADOLFO, saliendo.

Vienes á fastidiarme con tu verbo coser?

NICANOR.

¿Quieres que te diga otro mas bonito? conjugaré á moler... lo sé todo.

ADOLFO.

Calla, y no me irrites.

NICANOR.

Yo muelo, tú mueles, él muele, nosotros molemos, vosotros moleis, aquellos muelen.

ADOLFO.

¿Quieres callar, verdugo?... A propósito, ¿para qué has dicho á Victorino que me iba á escapar?

NICANOR.

¿Quién? yo? habrás sido tú; yo nada le he dicho.... Pero

no perdamos tiempo, aún puedes escaparte, si tienes valor; el portero ha salido. (*ap.*) Ya escarmentarás.

ADOLFO.

Qué oigo!... adios, amigo mio, adios: cuidado con decir nada á Victorino.

VICTORINO.

No tengas miedo: voy á verle; pero nada le diré.... Si yo atrapase, si tú atrapases, si él atrapase, si nosotros atrapásemos, si vosotros atrapáseis, si aquellos atrapa.... si... sa... atrapasen.

(*Entra en el cuarto de Victorino.*)

ESCENA XI.

ADOLFO.—EL PORTERO.

ADOLFO.

Buenos dias, señor portero: ¿qué viento le trae á V. por aquí?

EL PORTERO.

No es cosa mayor.... tengo orden de vigilar á V. de cerca, y de llevarle al calabozo si dice una palabra.

ADOLFO, á parte.

El cancerbero merece por su dulzura que se le obsequie... (*En voz alta.*) Amigo, ¿quiere V. probar un vino muy bueno que me ha regalado mi papá?

EL PORTERO.

No, no... ¿qué vino es?

ADOLFO.

De Madera, si no me engaño: soy novicio en esto de vinos, y quisiera que V. lo probase, para que me dijese si es ó no buen Madera.

EL PORTERO.

Si lo hace V. por eso, lo probaré; pero nada mas que probarlo.

ADOLFO, *sacando una botella de su baul.*

Ea pues, vaya este vasito y dígame V. qué tal es.

EL PORTERO.

Me parece vino nuevo.

ADOLFO.

Ya lo creo; como que tenia agua el vaso. Vamos con este.

EL PORTERO.

No eche V. mucho, pues este vino se sube pronto á la cabeza.

ADOLFO.

Vaya otro traguito.

EL PORTERO.

Será el último; ¿mas no es mejor estar sentados?

ADOLFO.

Es claro; pero V. no es muy bebedor. (*aparte*) Yo adormeceré al cancerbero.

EL PORTERO.

Antes de casarme bebia yo muy buen vino; pero despues.... El diablo me tentó para que escogiese por mujer á esa pícara.

ADOLFO, *dándole otro vaso.*

¿Es mala?

EL PORTERO.

Calle V. hombre, es una sanguijuela. Mire V., en muy pocos dias se ha bebido tres pares de zapatos, y ayer no he encontrado una bota nuevecita que me compré hace poco. Sin duda tambien se la ha bebido, pues por mas que la digo todos los dias: Ursula, imita á tu esposo, mi mujer promete la enmienda, pero continúa emborrachándose.

ADOLFO, *ap.*

Esto es lo que se llama una mujer dócil.

EL PORTERO.

Lo peor es que el vino la ha vuelto loca, y dice que yo bebo como un suizo.

ADOLFO.

Es una calumnia, amigo mio.

EL PORTERO, *levantándose.*

Ahora mismo voy á buscarla, para decirle cuántas son cinco. (*Quiere andar y se bambolea.*)

ADOLFO, *ap.*

Ya es mio el cancerbero. (*Alto.*) Por aquí, señor portero, por aquí. (*Le encierra en su cuarto y echa la llave.*)

ESCENA XII.

Me salvé; pies, para qué os quiero? (*Va á salir, pero oye ruido, y se introduce en un arca.*)

ESCENA XIII.

EL MAESTRO.—VICTORINO.—NICANOR.

EL MAESTRO.

Es preciso castigar severamente á Adolfo: su padre me escribe autorizándome para que haga con él lo que quiera, y desde hoy le condeno á pasar quince días en el calabozo.

VICTORINO.

Señor maestro, por los dísticos que he hecho y que dice V. son buenos, es preciso que perdone V. á Adolfo.

NICANOR.

Sí, yo respondo de él, yo que le conozco, y he frustrado su intento.

EL MAESTRO.

¿Cómo frustrado? ¿pues no ha huido?

NICANOR.

Perdónelo V. y al momento parecerá.

EL MAESTRO.

Bien; pero que venga sin tardanza.

NICANOR, *abriendo el arca.*

Aquí lo tiene V.

EL MAESTRO.

En el arca!.. Pero quién diablos habia de pensar....

VICTORINO.

V. ha prometido perdonarle.... de consiguiente, no hay que pensar en lo sucedido.

ESCENA XIV.

LOS PRECEDENTES.—ADOLFO.

EL MAESTRO.

¿Qué hacia V. ahí?

ADOLFO.

Renegar de mi estómago, que dice á voz en grito que no ha comido desde ayer.

EL MAESTRO.

Olvido las ocurrencias de hoy; pero si alguna vez....

ADOLFO.

Crea V. que el hambre, los sustos que he pasado, y el calor que he sufrido ahí dentro, me hacen arrepentir sinceramente de mis locuras.

EL MAESTRO.

Ea pues, á estudiar; y vosotros, oh niños, no olvideis que vuestro porvenir depende de vuestros primeros pasos. No siempre hallais trabajos y amarga pena en vuestros constantes esfuerzos, pues harto pagados estais con el amor de vuestros padres, el cariño de vuestros maestros y el aprecio de vuestros condiscípulos.

CIENCIAS Y NUEVOS DESCUBRIMIENTOS.

Estrellas que corren.—Los holidos.

No es preciso ser astrónomo para ver correr estrellas en el firmamento: ya sabeis que aunque las estrellas conservan habitualmente su puesto acostumbrado, no obstante parece que algunas veces lo dejan, y que despues de trazar un surco luminoso mas ó menos largo, desaparecen súbitamente, sin dejar vestigio alguno. El pueblo dice entonces: «¡mira correr una estrella!» y á poco no se acuerda de este fenómeno, que los astrónomos han tenido cuidado de enseñarnos.

Gracias, pues, á sus observaciones, sábese en el dia que lo que se llama vulgarmente estrellas que corren, es un meteoro ó aparicion pasajera, producida por un cuerpo metálico que cae de tanta elevacion y con tal rapidez que se inflama hasta el punto de convertirse en luminoso. Algunas veces cuando principiamos á verlas, las estrellas que corren deben estar todavía á doscientas leguas de la tierra y se apagan al llegar á nuestra atmósfera; pero aun brillan mucho tiempo despues de haber caido bajo la forma de una piedra metálica.

Lo curioso es que caen muchas mas en ciertas épocas, y en otros paises mas que en parte alguna. Así es que mientras entre nosotros se cuentan por decenas, en América, bajo la zona tórrida, se las vé caer á millares; y no es como entre nosotros una caída por aquí ó por allí de piedras metálicas, sino una lluvia de piedras inflamadas, á la cual no sería bueno esponerse.

Agosto, sobre todo el fin de la primera decena de este mes, al parecer es favorable á este metéoro: así es que las estrellas

corren entonces en gran número sobre nuestro horizonte. En 1841, en la noche del 10 de agosto, los astrónomos de Francia, Italia y Alemania, se hallaban en su puesto, ni mas ni menos que en los demás pueblos que tienen afición á las ciencias, y que desean contribuir á sus progresos. Uno contó setenta, otro ochenta, y uno mas feliz, hasta mas de ciento: todos enviaron sus observaciones á la academia de ciencias de París, la cual pudo convencerse de que la noche del 10 de agosto de 1841 fué buena... en estrellas que corren, como se había presumido.

Tambien el mes de noviembre es época en que las estrellas corren en gran número, y si se pregunta por qué, es preciso agregar esta otra pregunta: ¿de dónde provienen esas piedras, esas masas metálicas que se caldean y se inflaman en su largo á la par que rápido viaje? No hay piedras ni metales en el aire; de consiguiente estas masas, llamadas *bolidos*, se desprenden de algunos cuerpos celestes que pasan cerca de la tierra.

Esto es efectivamente lo que opinan los sábios desde que han observado que hay cierta regularidad en la aparicion de las estrellas que corren. La tierra, como es sabido, ejerce el poder de atraer á sí otros cuerpos, lo cual se llama fuerza de atraccion. Tal vez cuando algun pequeño planeta, ó tambien la luna en su calidad de satélite, viene á girar en derredor de la tierra, ésta la arrebatara una porcion de la masa, y acaso á fuerza de atraer á sí todos los años alguna cosa por espacio de una larga sucesion de siglos, ha despedazado algun pobre planeta ó satélite sobrado débil para resistirle, porque la proximidad de los grandes no deja de traer peligros á los que no lo son.

A la verdad, los bolidos que se vén caer y cuya caída se verifica algunas veces el mismo dia con el fragor del trueno, son bien chicos; pero cuántos no han debido caer en el transcurso de millares de años! Algunas veces sin embargo caen masas enormes, de lo que es testigo el que se halla en el museo de historia natural de París, y pesa cien kilógramos. Todavía no es comparable con el bolido que cayó en Zacatecas (Méjico) y que pesa mil kilógramos. En la vertiente ó costa oriental de las Gordilleras, á algunas leguas de Bogotá, en la América meridional, hay otro que no hace mucho tiempo servía de yunque á un herrero de aquel país, y cuya masa, que casi tiene el brillo de la plata, pesaba mas de setecientos kilógramos.

El 5 de enero de 1842 se vió en las cercanías de Borbon-Vendée (Francia) un globo de fuego que atravesaba el aire con gran presteza, y fué á caer con gran detonacion cerca de la aldea de S. Cristobal. Los trabajadores que labraban aquellos campos se asustaron en extremo, y en el sitio en que cayó el meteoro, hallaron en un agujero un bolido de cinco kilógramos de peso y que se parecia á una piedra calcinada, es decir, que-

mada hasta el poderse reducir á polvo con facilidad. Esta piedra diferenciábase de las que hemos citado antes, en que no contenia parte metálica, y los que la vieron dicen que el interior parecia estar formado de azufre y de sílex, es decir, de una piedra de la naturaleza de los guijarros.

El mes de agosto del mismo año fué notable tambien por el gran número de estrellas que observaron los astrónomos, habiendo contado uno veinte y tres en media hora; otro sesenta y dos en menos de dos horas, y un astrónomo de Viena hasta setecientas setenta y cuatro en seis horas! Era una verdadera lluvia de estrellas, ó mas bien de bolidos, cuya mayor parte corrian del N.—O. al S.—O.

Casi todas estas piedras eran, como el bolido del Museo de París, un metal muy duro y muy compacto, habiendo reconocido en él los químicos muchas especies de metales fundidos, por decirlo así, juntos. ¿Cómo estos tres ó cuatro metales, entre los cuales el hierro es el que mas abunda, se hallan reunidos, y cómo se han desprendido de las rocas que en nuestro globo envuelven por lo regular los metales? Hé aquí unas cuestiones algo difíciles de resolver; porque, como dijimos mas arriba, puede probarse la caída de los bolidos, pero decir positivamente cómo llegan hasta nosotros, es una cosa de que todavía no se ha creído capaz la ciencia.

VIRTUD Y BELLEZA.

¿No reparais, oh mis niñas,
Cuán esbelta, cuán preciosa
Se alza la purpúrea rosa,
Exhalando grato olor?
No es el viento, niñas mías,
Quien la presta esa hermosura,
Esa faz rosada y pura,
Ese encendido color.

Cuando la rosa se eleva
En un ardoroso clima;
Cuando grato no la anima
Favonio leve y fugaz,
Crece mustia y solitaria
Sin sus divinos colores,
Y del sol los resplandores
Secan su angustiada faz.

El viento agosta su rostro;
El aura quema su frente;
De la brisa al soplo ardiente
Pierde su lindo matiz,
Y en vez ay ! de cautivar
Con su hermosura los ojos,
Entre mezquinos abrojos
Halla t́mulo infeliz.

Pero si crece lozana
De un arroyo en la ribera,
O se mece placentera
En cultivado pensil,
Grato perfume exhalando,
La vista encanta orgullosa,
Que donde se halla la rosa
No hay flor mas bella y gentil.

Vosotras las flores sois,
Y los vientos las pasiones
Que agostan los corazones
Con su aliento abrasador.
Ennegreciendo la frente,
El brillo á los ojos quitan
Como los cierzos marchitan
A la mas gallarda flor.

Mas la niña candorosa
Que guarda dentro del pecho,
Del angel malo á despecho,
El ǵrmen de la virtud,
No ve ajarse sus colores
Ni mancharse su blancura,
Pues conserva la hermosura
De nuestra alma la quietud.

Sed virtuosas, oh niñas,
Y no entrará en vuestro seno
De los vicios el veneno
Con su mentida ilusion.
Que es la virtud á la hermosa
Lo que la brisa á las flores;
Las libra de los furores
Del viento de la pasion.

F. G. M.